

JULIAN GRIMAU

**EL HOMBRE
EL CRIMEN ★ LA PROTESTA**

*Al camarada Roberto Tighi
en testimonio de mi agradecimie-
nto por su ayuda al pueblo
español.
Ouzela Jumaú*

29. 4. 64.

EDITIONS SOCIALES
168, Rue du Temple - PARIS-3^e
Service de vente : 24, rue Racine (6^e)

1. — LA DETENCION Y EL CALVARIO DE JULIAN GRIMAU

En las raras oportunidades que tuvo Julián Grimau de hablar con su abogado civil (1) y con algunos de los presos políticos que coincidieron con él en la prisión de Carabanchel, les relató cómo se había producido su detención, el intento de asesinarlo en los locales de la policía, su calvario en la prisión.

He aquí la reconstrucción fiel de esos relatos:

El 7 de noviembre hacia las cuatro de la tarde, Grimau tuvo una entrevista con Lara (2) en Manuel Becerra. Notó que éste estaba muy nervioso. Al coger un cigarrillo que Grimau le ofreció su mano temblaba. Grimau se extrañó para sí, pero lo atribuyó a que acababa de entregar a Lara un pequeño paquete de propaganda clandestina. Podía haberse impresionado. Como no tenía otra cita hasta las seis y le sobraba tiempo, Grimau decidió coger el autobús, en lugar de un taxi, como hacía en otras ocasiones para mayor seguridad. Había pocos pasajeros, pero al to-

(1) Grimau designó como abogado civil para defenderle a D. Amandino Rodríguez Armada que, con admirable valor y conciencia cívica, hizo todo lo posible por cumplir su misión. Pero las autoridades franquistas no le dieron la más mínima posibilidad jurídica.

(2) Lara era un militante del Partido Comunista que había sido detenido días antes y, amenazado por la policía, había capitulado indignamente, prestándose a facilitar la detención de Grimau. Una vez en la cárcel, Grimau se resistía a creer en la traición de Lara, hasta que los datos recogidos por la organización del Partido, de Madrid, la confirmaron plenamente. Su confianza en los camaradas, su cariño por ellos, su fe en el hombre, le hacían resistirse a la evidencia de tan infame conducta.

mar asiento le llamaron la atención dos individuos que habían subido tras él y ocuparon los asientos inmediatamente situados detrás del suyo. En un momento en que Grimau puso maquinalmente la mano en la cerradura de su cartera, oyó que uno de los individuos dijo al otro: ¡Cuidado, ahí debe tener la clave! Grimau inmediatamente se levantó con el propósito de apearse en marcha, pero no pudo. Otros policías le rodearon, deteniéndole. Le bajaron del autobús, obligando previamente a todos los pasajeros a apearse, y lo introdujeron en un establecimiento que parecía un taller mecánico. Le registraron la cartera y le cachearon. Uno de los policías llevaba una fotografía de Julián, de cuando era muy joven y repetía excitado: «¡Sí, se parece! ¡Sí, es él!» —Telefonaron a la Dirección General de Seguridad y se abrió un compás de espera. Uno de los esbirros levantó la voz: «Ya te teníamos ganas, se ve que has prosperado mucho».

Grimau respondió: «Si se refiere a lo que he prosperado en comunista, estoy de acuerdo con Vd.; cada día me siento más comunista». Y, dirigiéndose a una persona que había en el taller, dueño o empleado, añadió: «No han detenido a ningún maleante o «chorizo», sino a un comunista». (A los camaradas de la prisión Grimau les explicó que había procedido así, con el fin de que la noticia corriera y llegara al Partido, alertándolo). Los policías le ordenaron violentamente que callara.

Llegó un coche de marca americana, último modelo, donde metieron a Julián. Durante el trayecto un policía le ofreció un cigarillo que Grimau, gran fumador, rechazó. Entraron en la Dirección General de Seguridad por la puerta de la calle del Correo. Le introdujeron en una habitación grande del primer piso, cuyas ventanas tenían barrotes verticales. Le ordenaron sentarse en una silla, de espaldas a las ventanas y lejos de éstas. En la habitación había algunos policías que daban impresión de nervosismo y desconcierto, como si la «presa» les cogiera de improviso. Rellenaron una ficha con los datos de la documentación falsa que Grimau llevaba encima. De allí fue conducido a otra habitación desprovista de ventilación, situada en un piso inferior. Le obligaron a desnudarse totalmente para hacer un registro minucioso de sus ropas. Le tomaron las huellas dactilares y le fotografiaron. Le ordenaron

vestirse de nuevo y entregándole una hoja de papel blanco le exigieron que escribiera su declaración. Grimau dijo que sería muy breve y escribió:

«Declaro ser miembro del Comité Central del Partido Comunista de España y me encuentro en Madrid para el cumplimiento de mi deber como comunista».

Un policía le interpeló: ¿Sólo esto escribes?

—Sólo esto.

Se inició una espera que duró dos horas. Llegaron otros policías. Le amenazaron con fusilarle. Uno de los presentes le dijo que era médico y que sabría pegarle como médico y como policía. Le esposaron y le hicieron pasar a otra habitación con muy poca luz; la que había salía de un ángulo y parecía de lámpara de cuarzo. El techo tenía forma de bóveda. Sin mediar palabra, tres policías comenzaron a golpearle brutalmente. Julián se dio cuenta que dirigían los golpes con preferencia a la cara y a la cabeza. También recibía golpes en el estómago. Después le tiraron al suelo donde siguieron golpeándole rabiosamente con porras de goma, atacando sistemáticamente la cabeza. El policía que había dicho ser médico, al que los demás llamaban Vicente, de aspecto corpulento y con un tic nervioso en el ojo izquierdo, al cabo de un rato de golpear metódicamente a Grimau en el lado izquierdo de la cara, le dijo: —«Grimau, no tienes más remedio que hablar. Y con una amable sonrisa agregó: ¿Cómo quieres que te golpee, como policía o como médico? Te aseguro que si lo hago como médico tu fanfarronería se desmoronará y será peor para ti. Llegaremos a los mismos resultados y tu integridad física correrá más peligro».

Esto es lo último que Grimau recordaba con alguna precisión. A partir de ese momento todo es nebuloso. Algo así como si le llevaran a través de un pasadizo que comunicaba dos edificios y, al fondo, unos andamios de obras y unos obreros que transportaban sacos de cemento. Al final del pasillo, como un escenario con crespones negros. No

recuerda más. Cuando recobró el conocimiento se encontró en la clínica donde había sido operado. (1)

En las altas esferas del franquismo debió comprenderse que la muerte de Grimau en la cámara de tortura de la Dirección General de Seguridad, en pleno centro de Madrid, sería un escándalo internacional y, al mismo tiempo que se lanzaba la versión del suicidio, se intentó impedir su muerte sometiéndole a una operación en el Equipo Quirúrgico de la calle del General Ricardos. Un aparatoso despliegue de la policía política y de la policía armada guardaba los accesos de esta clínica, mientras Grimau permanecía en ella entre la vida y la muerte. Los vecinos de la barriada vivieron días de inquietud. Los transeúntes eran invitados a circular de prisa. A un sacerdote que intentó visitar a Grimau los policías le cerraron el paso.

Cuando fue trasladado a la enfermería de la prisión de Yeserías, el estado de Julián seguía siendo muy grave. La fractura del cráneo en el frontal izquierdo había quedado en tal estado que cualquier golpe ligero podía ocasionarle la muerte. Las extremidades inferiores estaban paralizadas y para desplazarse necesitaba la ayuda de dos enfermeros. Las muñecas, fracturadas. Durante más de veinte días (el 29 de noviembre fue la primera vez que el abogado Rodríguez Armada pudo tener acceso a él) permaneció completamente aislado del mundo exterior. No le habían devuelto las gafas, sin las cuales no podía leer. Pero lo más terrible de la situación era que en el médico jefe de la sala de Traumatología de la enfermería de Yeserías, en la que se encontraba, Grimau había reconocido al médico-policía «Vicente» que le había golpeado «científicamente» en la Dirección General de Seguridad. Grimau, que era un exce-

(1) El relato de Grimau demuestra que la historia del suicidio fue montada del principio al fin para cubrir a los torturadores. Mal podía Grimau lanzarse por una ventana que ni siquiera existía. La incógnita que resta por aclarar es si la policía, efectivamente, lo arrojó creyéndole muerto, o si las graves heridas que pusieron a Grimau al borde de la muerte fueron causadas ya en la salvaje paliza, «científicamente» dirigida por el médico-policía. Cuando, al cabo de muchos días, le devolvieron el traje que llevaba en ese momento, estaba manchado de sangre en el hombro y en amplias zonas de la manga, dando la impresión de que la sangre había ido fluyendo lentamente. La herida del frontal izquierdo mostraba un corte longitudinal, como producida por un objeto cortante.

lente fisonomista, lo reconoció desde el primer momento y hasta sus últimos días insistió a las personas con las que pudo hablar en la denuncia de este hecho monstruoso.

El Dr. Sentís, verdadero nombre del médico-policía «Vicente», se dio cuenta de que había sido reconocido por su víctima e inventó una coartada. Aprovechando una de sus visitas a la sala de Traumatología, le dijo a Grimau, como quien no quiere la cosa: — «Vaya, hombre, cuando usted se estaba tirando por un balcón de la Dirección General de Seguridad, yo me encontraba disfrutando de un pequeño descanso en la Costa Brava. Así es la vida de paradójica».

En los días de aislamiento en Yeserías, Grimau se daba cuenta de que su vida estaba en permanente peligro y no sólo por su estado físico. Una noche se despertó, sobresaltado, y vio que uno de los policías de la brigada político-social, que permanentemente hacían guardia en la puerta de su habitación, estaba a su cabecera, de pie, con expresión exaltada y sosteniendo en su mano izquierda una toalla grande, de baño. Dándose cuenta de sus intenciones, Grimau le miró fijamente y le dijo:

—¿ Es que se va a duchar usted ?

El otro, turbado, respondió:

—No, es que me dijo el enfermero que le pusiera esta toalla debajo de la almohada.

En los días siguientes el policía trató varias veces de justificar el incidente. De pronto, dejó de prestar servicio. A partir de aquel momento, Grimau se esforzaba por no dormir de noche. Los funcionarios y enfermeros que le atendían de día le inspiraban más confianza.

Ya en la cárcel de Carabanchel (a donde fue trasladado desde la de Yeserías) Grimau contaba que el Dr. Sentís, no contento de haber colaborado en la tortura, había continuado su odiosa conducta en la cárcel de Yeserías. Aseguraba a su víctima que recuperaría el juego de las muñecas, pero, al mismo tiempo, le privaba de los tratamientos necesarios para lograrlo. Cuando el 29 de noviembre pudo visitarle por primera vez, el abogado Rodríguez Armada quedó profundamente impresionado del aspecto que ofrecía Grimau : un hombre demacrado hasta lo inverosímil, la cabeza cubierta por un vendaje sucio, que no había sido cambiado

hacía tiempo, con una mancha de sangre en la parte que cubría el frontal izquierdo reseca de muchos días. La atmósfera de la habitación comenzaba a heder. El abogado tuvo que leerle la primera carta de Angelita que llegaba a sus manos, porque Grimau, privado de las gafas, no podía leer. Tampoco pudo firmar el poder que necesitaba el abogado. Las escayolas de los brazos le recubrían las manos.(1)

Un mes después, con ocasión de otra visita, el abogado Rodríguez Armada pudo comprobar que continuaba el mismo esparadrapo cubriendo el enorme boquete del frontal izquierdo.

La inhumana conducta de las autoridades franquistas, que perseguía el evidente objetivo de quebrantar la resistencia física y moral de Grimau, se veía dificultada por la solidaridad internacional que comenzaba a desarrollarse. Una comisión de médicos franceses, compuesta por los doctores Pierre Frumusan, Victor Laffite y Michel Sakka, se personó en la prisión de Yserías exigiendo ver a Grimau. Prevenida de la visita, la dirección de la prisión ordenó cambiarle con toda rapidez los vendajes, la ropa de la cama, el pijama, así como hacerle radiografías y electroencefalogramas que hasta entonces no le habían hecho.

En medio de esta situación, físicamente deshecho, Grimau conservaba una calma y una firmeza de ánimo asombrosas. Rodríguez Armada contaba a sus colegas la profunda impresión que le producía su cliente, su mirada penetrante, en la que parecía concentrarse toda su personalidad y su energía. Dominaba las circunstancias que le rodeaban. Aprovechando una ocasión en la que se encontraba el abogado a su cabecera y en que llegó el Dr. Sentís, acompañado de otros funcionarios y haciendo ostentación de amabilidad y solicitud, Julián le interpelló con toda calma:

—¿ Por qué no muestra usted la misma preocupación por mi estado cuando no está mi letrado acompañándome? Y, punto por punto, relató todas las anomalías que existían en relación con la comida, renovación de los vendajes, tratamiento, etc.

(1) Las autoridades franquistas pusieron en circulación la noticia de que Grimau, a la salida del Equipo Quirúrgico, había firmado declaraciones en las que reconocía el intento de suicidio, haber sido torturado, etc. ¡Pero veinte días después Grimau no podía aún firmar!

El Dr. Sentís intentó descargar la responsabilidad en sus subalternos y se vio obligado a dar órdenes para mejorar la atención a su víctima. Los funcionarios de la prisión comentaron favorablemente la actitud de Grimau. La mayor parte de ellos se portaban correctamente y algunos con franca simpatía hacia aquel comunista que soportaba con tanta entereza su calvario. Los reclusos que se encontraban en la enfermería de la cárcel, casi todos de delito común, sentían afecto por Grimau y se desvivían por ayudarle. Uno de ellos le dijo en una ocasión:

—Señor, puede tener la seguridad de que si yo hubiera conocido y tratado a personas como usted, nunca hubiera sido delincuente.

Algunos funcionarios se le confiaron, quejándose del sueldo escaso, de las dificultades de la vida. Cuando uno de los funcionarios peores, de los «duros», se permitió algunos juicios ofensivos sobre el cura de la prisión, Grimau le atacó:

—No es justo en eso que está diciendo. Tenga presente, además, que por ese sacerdote no se puede enjuiciar a los demás componentes de la Iglesia.

El funcionario, malhumorado, se marchó refunfuñando:

—No, si ahora resulta que el Sr. Grimau, además de comunista, es beato.

Grimau comentó, sonriendo:

—Si no bebiera tanto alcohol sería otra persona. Peor para él.

El imperturbable estoicismo de Grimau se refleja, de manera impresionante, en las cartas que escribe a su mujer y a sus dos hijitas. Por primera vez le autorizaron a escribir el 31 de enero de 1963, casi tres meses después de su detención. A partir de entonces, pudo escribir una carta semanal, del tamaño de una cuartilla, controlada por los servicios de la prisión. Leyéndolas no parecen las cartas de un hombre mutilado, sufriente, acosado, sobre el que se cierne la venganza rabiosa de los verdugos de España. La primera carta dice así:

«Querida Angelita: Como ves ya escribo, aunque con dificultad. Más adelante lo realizaré mejor.

Hoy no seré extenso. He recibido normalmente tus cartas y las de las niñas. Ya tengo la que me escribiste el 27 de este mes. Tus cartas ya puedes figurarte la ayuda que me suponen. He sentido no poder responderte, pero me tranquilizaba que comprendías la causa que lo originaba.

Estoy bien. Aún observo que estoy algo débil; pero no tengas preocupación alguna, ya que estoy en período de recuperación. No sufro de la lesión en la cabeza y los brazos y manos van mejorando. La mano derecha acusa una cierta torpeza. Es lógico y lo importante es que poco a poco irá mejorando. Como bien. Los hermanos me envían, además, comida y ropa de abrigo. No paso frío aunque, como es natural, la propia debilidad suele acusarlo en ocasiones.

Estate, pues, tranquila como estoy yo. No sé cuánto peso; puede que esté algo más delgado. Por otra parte, yo nunca fui gordo. Como ves son respuestas telegráficas pero, de momento, no puedo ser más amplio.

He recibido el jersey. Es muy bonito y de abrigo. También las zapatillas. Te lo agradezco mucho, pero esto es mucho gasto para ti y esto me inquieta.

Como ves, ahora dejo sin responder a otras preguntas. Ya lo haré.

Recibe muchos besos y abrazos de quien mucho te quiere,

J.

Hoy, 31-1-63.

Nota: Te ruego que pongas el remite a tus cartas. Es una costumbre aquí».

«Queridas hijas Lolita y Carmencita: He recibido vuestras cartas y dibujos. Me han gustado mucho.

Ya estoy mejor. No paséis pena, ya que me encuentro bien. Estudiad mucho y sed buenas con mamá.

Os envía muchos besos y abrazos quien os quiere mucho,

Papá»

En la siguiente carta del 7 de febrero, la misma preocupación por tranquilizar acerca de su estado. Expresa su agradecimiento por el esfuerzo que el Partido hace para ayudarle. (En la carta, el Partido es la «familia», «los familiares»). Considera excesiva la ayuda que recibe.

«De ropa y comida estoy bien. Es más, estimo excesiva la ayuda de la familia porque tengo conciencia de sus dificultades económicas. Lo hacen y, aunque les repito que sean menos generosos, no quieren hacerme caso. Más adelante si preciso ropa, ya la pediré.

Pienso mucho en ti y en las niñas, así como en toda la familia y lamento no poder ayudaros. Transmite a todos los familiares un fuerte abrazo de mi parte.

La semana próxima te hablaré menos de mí. Lo hago ahora de nuevo para tu tranquilidad.

Muchos besos y abrazos, te quiere mucho

J.

Queridas hijas Lolita y Carmen: Las «fotos» son muy bonitas. Me gustan mucho. También vuestras cartas.

Papá os quiere mucho y se acuerda mucho de vosotras. Muchos besos y abrazos de quien os quiere mucho

Papá

Madrid, 7-2-63»

En la del 14 de marzo escribe:

«Querida Angelita: He recibido tus cartas fechas 7 y 10. Me alegra que estéis bien y poder tener noticias de forma tan continua. Tus cartas y las visitas de los hermanos y del abogado civil es lo que más me ayuda. Os lo agradezco en su valía.

Sigo mejorando. Paseo y veo que me fatigo menos que antes. Estimo que progreso en la cura; observo que me

repongo. Ten la seguridad que te digo esto tal y como lo veo. Hasta ahora, el invierno ha sido muy duro. Esto no me favorecía. Como bien. Creo que más cantidad y mejor que antes. La familia abusa y me trae mucha comida, fruta y dulces. Hay veces que, materialmente, me es difícil comerme todo lo que me envían.

De momento, créeme, no necesito ni dinero ni ropa. Lo que me faltaba (ropa) me lo han traído los familiares. Agradezco tu ofrecimiento, pero, sinceramente, no necesito nada. Ten la certeza que cuando lo precise, te lo diré.

Veo que has hablado a las niñas de mi situación actual. Procura ahora ayudarlas para que no las afecte. Sé que lo haces ya, pero es conveniente no subestimar esto.

Sigue como hasta ahora, ayudándolas mucho. Que estudien y cuanto más mejor; que se distraigan y que no me olviden. Yo no os olvido. Ya lo sabéis. No hay nada en la vida que haga olvidar a todos los seres queridos. Ya llegarán tiempos mejores para nosotros.

Me parece muy bien que paseéis, vayáis a la televisión e incluso al cine.

No tengas preocupación alguna. Tú me ayudas extraordinariamente. Haces cuanto humanamente puedes. ¿Qué más puedes hacer? Desecha, pues, esa idea que expresas en tu carta del 7.

Me agrada que Lolita empiece el bachiller por «clásico». Creo que lo hará bien y con buenas notas.

Y como escribo a las nenas, no hay más espacio.

Muchos recuerdos y abrazos para toda la familia.

Muchos besos y abrazos, te quiere mucho

Julián».

«Queridas hijas: Recibí vuestra carta. Observo que mamá os ha explicado mi situación actual. No paséis pena. Me encuentro mejor de salud y espero curarme totalmente. Vuestra única preocupación debe ser la de estudiar como hasta ahora, jugar y seguir siendo tan buenas con mamá. Y acordaos de mí, que ya sabéis lo mucho que os quiero.

Por las cartas de mamá sé como estáis. Comed mucho. Me parece muy bien que Lolita haga el bachiller, iniciándolo por «clásico». Adelante y éxito.

Os recuerdo mucho. Os quiere y os abraza y besa,

Papá».

El 22 de marzo, dice en su carta:

«Todavía no sé cuándo será el juicio. Me parece que no se demorará mucho, aunque no tengo ni idea sobre el particular. Todo es una impresión personal. Sea cuando sea, yo estoy tranquilo. Por el juicio no te inquietes.

Me alegra que estéis bien. Te insisto en que hagáis la vida de siempre. Pasear, ir al cine, etc. Que las niñas no observen cambio alguno en su vida».

Grimau había sido trasladado a la prisión de Carabanchel a raíz del ingreso en la de Yeserías, con las muñecas seccionadas, del comunista Lerma, camarada de lucha de Julián. Posiblemente la policía quería impedir que ambos pudieran comunicarse.

En Carabanchel, para evitar su trato con el resto de los detenidos políticos, lo tenían recluso en la enfermería, aunque su estado había mejorado y podía pasear. Pero sólo podía hacerlo por un pasillo, bajo la vigilancia directa de un funcionario que no le perdía de vista. Pasaba frío, pese a la ropa de abrigo que a través del abogado se le había proporcionado. Los cuidados médicos seguían siendo deficientes, suspendiendo, incluso, los masajes de las manos y las inyecciones de vitaminas que en los últimos días de Yeserías habían comenzado a hacerle, bajo la presión de la solidaridad internacional y de la propia protesta de Grimau.

Este comprendía que se trataba de quebrantarle con vistas al juicio.

Se ponían toda clase de dificultades a las visitas del

abogado y de los hermanos de Julián, residentes en Madrid. En una ocasión, Eymar le dijo al abogado que eran órdenes directas de Franco.

Ante las protestas del abogado, un día autorizaron a Grimau a salir al patio con los delincuentes comunes. Grimau se negó. No permitieron que recibiera libros tan inocuos como un «Derecho romano», por el que Grimau había manifestado particular interés.

Un mes antes del juicio, el anquilosamiento de las muñecas seguía siendo tal que apenas podía escribir. Aprovechando una de las visitas de Eymar, Julián se quejó de esta situación. Eymar se volvió a los facultativos y con su hipocresía habitual, les dijo:

—Eso no puede ser; ustedes tienen que tomarse más interés, aunque se trate de un comunista, pues, al fin y al cabo, somos cristianos.

Luego, al despedirse de Grimau y cambiando súbitamente de expresión, como «espoleado por una fuerza interior» (según palabras textuales de Grimau), dijo a éste:

—¡Ah!, y sobre lo de su salud, yo, en su caso, me preocuparía si tuviera posibilidades de salir adelante, pero para lo que a usted le queda, esos sinsabores son simples minucias...

Durante este último mes de estancia en la prisión de Carabanchel, los médicos procedieron a efectuarle un examen psiquiátrico. Estos médicos, bien seleccionados por la policía, trataron a Grimau de forma desconsiderada, con bromas de mal gusto sobre su estado mental. Pero tuvieron que reconocer que Grimau tenía una memoria superior a la normal.

Los presos políticos que se encontraban en la misma prisión, entre ellos Pedro Ardiaca, miembro del Comité Ejecutivo del Partido Socialista Unificado de Cataluña, hacían todo lo posible por ver a Grimau. Un día Ardiaca pudo abrazarle al encontrarse en un pasillo, ambos conducidos.

Sólo el 10 de abril se autorizó a Grimau a salir al patio de los presos políticos. Había en total, en ese momento, cuarenta y ocho presos políticos en espera de juicio o de traslado a los penales donde se sufren las condenas. De ellos, veintinueve comunistas y el resto de diferentes ten-

No olvides de esta carta
a los chicos. Tienen que
saber cosas. Ahora que
jujuran y desfrutan de la
allegria.

Espero que a mi recuerdo.
Cumplire el encargo de traer
unos cuantos libros. Los que
quieran mucho.

Quedo algo fuera toda
la familia y todo el grupo
de chicos en su casa.

Quedo bien y espero
que los chicos y familia
de quien mucho se acuerda

Julián
De ciertos cordiales
su madre.

Madrid 12/4/63
Querido Angelito: Recien
recibi tus cartas. La ultima de
ti. Las cartas de los chicos son
muy simpaticas y agradables
de gustar mucho que pasan en
nuestras horas contentas y que
sepan adaptarse a la vida en
prisión. Te digo que los chicos
que estan muy contentos de estar
y que los chicos muchos libros
y abrazos. Que pronto los vea
bien.

De mi te dice que estoy
bien. En la noche de el juicio.
Casi respiro el aire y voy a
ejercer. De la vida de muchos
falta. Estimo que esta medida
me ayudara mucho.

Facsimil de la carta de Julián del 12 de abril de 1963.

Por otro lado hay que ya
he designado al abogado mi-
litar. En primer lugar puse
al licenciado Don José Gri-
ffo Montilla. No ha podido ser
por razones que ignoro. El segun-
do es el segundo, o sea, el
capitán Sr. Rebollo Alvarez
Amandi. Este señor me visitó
ayer y trajo escrita una breve
defensa. La petición fiscal
es la máxima pena. Le suen-
tis contra de dos partes: actua-
lidad en la guerra y actual.

Todo me hace suponer que
el Consejo Sr. Franco. De
todas formas cabe suponer

tiempo absolutamente su-
cisa para estudiar el asunto
y elaborar la defensa. Esto
es lo esencial y necesario. De
momento le he pedido que
sea con este señor durante
una hora. Ha quedado de
orden con esas etapas.

Que cuando tenga lugar el
juicio se le informará del
resultado. Se cree que esta
temprana y sin inconveniente
alguna. De hoy al juicio
muy tranquilo. No existe caso
para otra cosa. Truculentos
me encuentro mejor y más
de felicidad como corresponde.

dencias, algunos católicos. Todos, sin excepción, le acogie-
ron con profunda emoción y cariño. Grimau habló con to-
dos, afable, tranquilo, sonriente. Se detuvo particularmente
con los compañeros de la Oposición Sindical de Madrid,
interesándose por los problemas de las fábricas. Cuando
llegó la hora de acostarse, en las galerías y en las celdas no
se hablaba más que de Grimau.

En los días siguientes volvió a salir al patio. Los
compañeros pudieron informarle de la gran campaña inter-
nacional que se estaba realizando en su favor, de las emi-
siones de Radio España Independiente, casi enteramente
consagradas a ella, que había transmitido las alocuciones de
Santiago Carrillo y Dolores Ibárruri apelando a la opinión
nacional y mundial para evitar el crimen.

Solamente el día 11 de abril le comunicaron a Grimau
que podía nombrar defensor. Nombró al capitán Rebollo.
Este fue a verle y le comunicó la petición fiscal: pena de
muerte por delitos de la guerra civil y treinta años por su
actividad posterior. Tranquilamente, Julián informó a los
demás presos políticos, apostillando con escepticismo los
comentarios del defensor de que «a estas alturas no podía
haber pena de muerte». Grimau conocía bien a los que iban
a juzgarle, pero en la carta a su mujer, del 12 de abril,
muestra imperturbable serenidad. Dice esta carta:

«Madrid, 12 del 4, 1963

Querida Angelita: Hasta ayer recibí tres cartas. La úl-
tima del 7. Las cartas de las niñas son muy simpáticas y
agradables. Me gusta mucho que pasen las vacaciones tan
contentas y que sepan adaptarse a la vida colectiva. Te pido
que las digas que estoy muy contento de ellas y que las en-
vío muchos besos y abrazos. Que pronto las escribiré.

De mí, te diré que estoy mejor. Ya paseo por el patio.
Así respiro el aire y hago más ejercicio. Me hacía ya mu-
cha falta. Estimo que esta medida me ayudará mucho.

Por otro lado, hay que ya he designado el abogado mi-
litar. En primer lugar puse al comandante Don José Gri-
ffo Montilla. No ha podido ser por razones que ignoro. El de-
fensor es el segundo, o sea, el capitán señor Rebollo Alvarez
Amandi. Este señor me visitó ayer y trajo escrita una breve

defensa. La petición fiscal es la máxima pena. El sumario consta de dos partes: actuación en la guerra y actual.

Todo me hace suponer que el Consejo será pronto. De todas formas cabe suponer que el defensor tendrá el tiempo absolutamente preciso para estudiar el sumario y elaborar la defensa. Esto es lo normal y necesario. De momento sólo he podido conversar con este señor durante una hora. Ha quedado en volver con más espacio.

Cuando tenga lugar el juicio, ya te informaré del resultado. Te reitero que estés tranquila y sin inquietud alguna. Yo voy al juicio muy tranquilo. No existe razón para otra cosa. Físicamente me encuentro mejor y sabré defenderme como corresponde.

No digas de esto nada a las niñas. Tiempo tendrán para saberlo. Ahora que jueguen y disfruten de la alegría.

Hoy veré a mis hermanos. Cumpliré el encargo de transmitirles vuestros abrazos. Lo agradecerán mucho.

Muchos abrazos para toda la familia y todo mi agradecimiento por su ayuda.

Muchos besos y abrazos para las nenas y para ti de quien mucho os quiere,

Julián

Recuerdos cordiales para tu madre»

El defensor le mostró la defensa que había preparado, en la que pedía seis años por lo de la guerra civil y tres por la actividad posterior. Julián mostró su disconformidad con lo primero porque no reconocía ningún delito relacionado con la guerra civil. El había cumplido su deber a las órdenes del Gobierno legal de la República. El capitán Rebollo reconoció lo bien fundado de la actitud de Grimau y rectificó su defensa en ese aspecto. Grimau tenía buena impresión de este joven militar, católico, honesto, que parecía encarnar un nuevo espíritu, muy distinto del odio al pueblo y del fanatismo reaccionario que anima, todavía, a los generales fascistas de la guerra civil.

El día 17 comunicaron a Grimau que al día siguiente tendría lugar el Consejo de Guerra. Como los días anteriores, conversó tranquilamente con los demás presos políticos en el patio de la cárcel. Parecía que la cosa no iba con él. Algunos camaradas, que habían pasado ya por el Consejo de Guerra, le explicaban sus experiencias, la dificultad para hablar, dados los métodos del tribunal. Grimau contestaba que lucharía por decir lo que tenía que decir. A Ardiaca, con una emoción poco habitual en él, le contó que la noche antes había recibido un telegrama de su mujer e hijas, diciéndole: «Estamos contigo». A las siete de la tarde llegó la hora de retirarse a la celda. Todos los presos le despidieron cariñosamente. Unánimemente habían decidido que durante todo el día siguiente, mientras Grimau comparecía ante el Consejo de Guerra, se guardaría en el patio silencio absoluto, se suprimirían todos los juegos, se pasearían de uno en uno. Era una forma de expresar la protesta de los presos políticos por la petición de pena de muerte para Grimau.